

# Los que escriben también hablan

## Marino Gómez-Santos, escritor y periodista

Marino Gómez-Santos, distinguido asturiano, ilustre escritor de nuestra actual generación, no necesita ser presentado a los lectores de LEVANTE, ya que su elegante estilo periodístico es de todos conocido.

—¿Cuál ha sido su labor hasta ahora?

—En 1952 publiqué mi primer libro: «Leopoldo Alas "Clarín"», el que tardé dos años en prepararlo. El doctor Marañón, sin conocerme, puso generosamente prólogo a esta obra. Lo editó el Instituto de Estudios Asturianos, y como premio a mi labor y a lo mucho que trabajé para conseguir reunir tal cantidad de datos, me dieron la cantidad de 1.900 pesetas. Después, en el «Boletín del Instituto de Estudios Asturianos», su director, don Constantino Cabal, cronista de Asturias, considerando que me habían hecho un enorme favor, publicó una serie de artículos furibundos en contra mía. No obstante, éste es el único libro que se agotó de los publicados por el Instituto. El director del «Boletín» creía que la juventud debía de esperar; esto no me preocupó lo más mínimo, ya que a principios de siglo, este mismo señor atacó también duramente, y por el mismo motivo, a Ramón Pérez de Ayala.

Vine a Madrid en 1952 para dar una conferencia sobre Clarín en el Centro Asturiano, invitado por Juan Antonio Cabezas, y fui presentado por Valentín Andrés Álvarez. Como me quedaba algún dinero, me metí en un hotel, y después hice lo que todos los provincianos que vienen a Madrid: ir al café de Gijón. Allí conocí a César González Ruano, que desde el primer momento me alentó para que me quedase en Madrid. Después conocí también a Camilo José Cela, a quien hice la primera entrevista que publiqué en el diario «Pueblo» con el título genérico de «Conversaciones bajo palabra de honor». La segunda entrevista de esta serie se la hice a Carmen Laforet, y la tercera, a Salvador Dalí; todas ellas provocaron gran irritación, y me volví a Asturias.

Emilio Romero, en su segunda etapa en «Pueblo», me llevó allí, y es el que ha acabado de afirmarme. Juan Pujol me propuso para que fuese de corresponsal a Londres; pero mi servicio militar lo impidió, y tuve que quedarme en Madrid. Entonces me dijo que contase con la plaza de corresponsal en Roma para el año siguiente.

Hice el servicio, y en ese tiempo publiqué mi segundo libro, el primero que publicaba

en Madrid: «Crónica del café de Gijón», prologado por César González Ruano y con epílogo de Ramón Gómez de la Serna, libro que despertó las consiguientes hostilidades, ya que aquellos a los que se aludía, se sintieron ofendidos por no haberles adulado bastante.

He sido discípulo de Baroja, a cuya casa iba todos los días. En esta época publiqué otro libro: «Figaro o la vida de prisa», publicado por la colección «El Grifón». En «Pueblo», Emilio Romero me dio una sección diaria con el título de «La pequeña historia de los grandes personajes». En 1958, en la Feria del Libro, Ediciones Cid publicó reunidas todas estas entrevistas, bajo el título de «Diálogos españoles»: Azorín, Marañón, Camilo José Cela, Domingo Ortega.

—¿Qué opina de la entrevista y del reportaje?

—Cuando yo empecé a hacer entrevistas, provenía de la erudición, del trabajo de biblioteca. El periodismo, para mí, fue un recurso inmediato para quedarme en Madrid; creí que iba a ser una cosa provisional, y que una vez aposentado aquí, podría dedicarme a escribir novelas, que es lo que me gusta; pero empezó a ganarme el periodismo demasiado. Cuando hice la primera entrevista, yo sólo conocía lo que González Ruano había hecho en «Arriba». Después he visto lo que había escrito El Caballero Audaz en «La Esfera». La entrevista es hacer género de la necesidad al servicio de la vanidad. Yo no entraba por él; no me gustaba; me decidí a estudiar la entrevista, y pensé que podía ser un género literario. La oportunidad me la dio el diario «Pueblo», de una columna diaria durante cinco días para un mismo personaje. Me daba, por de pronto, espacio para ambientar un personaje, para definir, para moverle de un sitio a otro, para invitarle a opinar sobre actitudes de su vida y de su obra.

—Dice usted que le gusta más la novela. ¿Qué tema desarrollaría con preferencia?

—Principalmente, asuntos sociales de mucha actualidad.

—¿Cuál es el género más difícil y el más fácil para el periodismo?

—Es más interesante la entrevista que el reportaje, y mucho



GOMEZ-SANTOS

más difícil. Pero el género supremo del periodismo es la crónica. Puede tener una división, que es llevarla hacia el reportaje, como ha hecho el mismo Curzio Malaparte. Si el periodista, además del instinto periodístico, tiene la condición de escritor, puede hacerlo todo bien y no hay para él ningún género menor. Si el periodista es solamente periodista informador; si no enriquece esa condición con otras condiciones literarias, de cultura, de experiencia personal aplicada, no llegará jamás a ser un escritor, y yo creo que en el momento actual la literatura por la literatura interesa muy limitadamente; para escribir en nuestro tiempo hace falta tener un criterio definido del mundo y embarcarse en alguna cosa determinada; hay que dedicarse a algo.

—¿Le gustan las entrevistas con magnetofón?

—Eso es periodismo puro, pero sin ningún atractivo; no pertenece al entrevistador, sino al entrevistado, que es quien debería firmarlas. En muchos casos el periodista no tiene ninguna parte personal, y, sin embargo, tiene más interés lo que dice el entrevistador que el entrevistado. La entrevista tiene muchas técnicas, quizá una para cada uno. Existen personajes, como Azorín, que no hablan, y cuando le entrevisté, tuve que escribir registrando los silencios de Azorín. Igualmente he cuidado las entrevistas de otros personajes que me ofrecían todo mi respeto y admiración, como el doctor Marañón. He entrevistado a ilustres personajes como la duquesa de Alba, ante la cual he tenido que cuidar mucho la distinción y la definición de todo cuanto rodea a esta ilustre dama. Como contrapunto, he hecho entrevistas descuidadas, ligeras, casi alegres, como han sido las de famosas artistas de cine y de teatro.

Agradecemos al señor Gómez-Santos la amabilidad con que nos ha atendido, interrumpiendo su intensa labor.

M.<sup>a</sup> EMILIA AMOR ISLA

